

La potencia de la comunidad. Más allá del discurso catastrofista

JOSÉ ÁNGEL BERGUA AMORES

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Resumen: Puede decirse del catastrofismo que es un discurso que habla de una catástrofe que el propio discurso impide que se produzca. Lo impide porque estimula conductas precavidas. Para que esta situación funcione es necesario que los actores no sepan que la catástrofe no existe. También es necesario que no sepan que son ellos los que impiden que se produzca. El analista, en cambio, sabe todo eso.

El catastrofismo forma parte de una situación estable en la que el saber del analista tiene una relación directamente proporcional con la alienación de los actores. En el ámbito de la economía se sabe que situaciones tan inestables como las de pánico dan lugar a fenómenos opuestos: el analista no sabe muy bien lo que pasa pero el actor sabe desenvolverse bastante bien.

Si el mercado, además del funcionamiento estable, admite la inestabilidad, quizás la evitación de catástrofes, además de la solución catastrofista, admita otra inestable, similar al pánico.

La ponencia propone algunos conceptos para pensar esa situación inestable y anti-catastrofista. Se trata de nociones que dan protagonismo al emergentismo, la autopyesis y la incertidumbre. Para ello se sirve de la reinterpretación del estado natural hobbesiano que realiza Foucault, el análisis de la potencia movilizadora del miedo que realiza Bataille y las reflexiones impolíticas de la comunidad que proponen, Esposito, Nancy y Agamben.

Palabras clave: Discurso catatrofista, incertidumbre, miedo, pánico, cibernética de segundo orden.

The power of the Community. Moving Beyond Catastrophic Discourse

Abstract: We could state that a catastrophic discourse is the one that refers to a catastrophe which is avoided by the discourse itself, because this kind of discourse stimulates cautious behaviour. In order for it to work, it is necessary for the actors not to know that the catastrophe does not actually exist, or that they are the ones who are preventing it from occurring. The analyst, in contrast, is aware of everything. Catastrophic discourse takes part in a stable situation in which the analyst's knowledge is directly proportional to the actors' alienation. Economists are well aware that unstable situations such as those in which panic occurs give rise to opposite phenomena: the analyst does not exactly know what is taking place but the actor somehow knows how to manage. If, apart from its stable operation, the market permits instability, then the avoidance of catastrophes might allow for another kind of unstable solution, similar to panic, apart from the catastrophic one. This paper suggests some concepts in order to consider this kind of unstable and anti-catastrophic situation. They are notions which emphasize "emergentism", autopoiesis and uncertainty. In order to do so, this paper draws on Foucault's reinterpretation of the Hobbesian natural state, Bataille's analysis of the mobilization power of fear, and the impolitic reflections on the community which have been carried out by Esposito, Nancy and Agamben.

Keywords: Catastrophic discourse, uncertainty, fear, panic, second-order cybernetics.

La potencia de la comunidad. Más allá del discurso catastrofista

José Ángel Bergua Amores



“Allá donde está el peligro crece también lo que salva”

Fiedrich Hölderlin

En la Red no funcionan los viejos modos de organizar la vida colectiva. Uno de esos modos, cada vez más presente en el decadente orden moderno, se basa en la gestión del miedo. En este breve artículo intentaré mostrar las peculiaridades de este tipo de orden. Como se comprobará, tiene un carácter jerárquico. Sin embargo, también comprobaremos que el modelo expuesto para comprender la lógica del catastrofismo nos permite percibir la posibilidad de sistemas anárquicos en los que el recurso al miedo es, no solo innecesario sino, sobre todo, imposible. Esa anarquía tiene que ver con las nociones de comunidad y multitud argumentadas por distintas clases de autores desde hace unos años. Como trataremos de mostrar, esas sociabilidades anárquicas parecen haber encontrado en la Red el mejor entorno para desenvolverse.

1. El discurso catastrofista

Dice Dupuy (2002: 102-103) que conviene distinguir las situaciones de riesgo de las situaciones inciertas. Las primeras tienen que ver con acontecimientos que se producen más de una vez y con cierta regularidad, como pasa con las gripes de todos los años. Su ocurrencia se puede prever en términos pro-

probabilísticos y la política que cabe aplicar en base a esa información es la prevención. En cambio, las situaciones inciertas tienen que ver con acontecimientos que sólo se dan una vez y que, por lo tanto, tienen frecuencias inobservables, como ocurre con el peligro de una guerra nuclear. En este caso la única política posible es la precaución¹.

Tanto los fenómenos de riesgo como los inciertos tienen que ver con la falta de información. Sin embargo, en el caso de los riesgos esa falta de información es objetiva u objetivable (aunque sea en términos “blandos” o probabilísticos), mientras que en los eventos de ocurrencia incierta la falta de información es subjetiva. En efecto, en este segundo caso no hay una realidad exterior a la que se pueda acudir para asegurar que lo que se teme vaya a ocurrir (pp. 132-136). La pregunta es inevitable: si no hay ningún indicio externo ¿por qué se presume que va a ocurrir algo?. Según Dupuy es la propia precaución la que crea la exterioridad, el peligro incierto.

Obsérvese que hemos llegado más allá de las profecías que se cumplen a sí mismas. En efecto, no sucede exactamente que el peligro existe porque lo hace aparecer la precaución. Puesto que lo hace aparecer no como algo seguro o probable sino como algo incierto, la política de la precaución inventa un peligro a la vez que lo conjura. Estamos pues ante una profecía que se niega a sí misma. Esta clase de profecías dan lugar a un orden u organización social que tiene como eje o pilar central los peligros inciertos. Su discurso es el catastrofismo (Gil Calvo, 2003: 207 y ss).

Dice Dupuy que en la actualidad las catástrofes, aunque se hable mucho de ellas, no son creíbles. Lo que quiere decir que no inducen los cambios de actitud necesarios para que no tengan lugar. Por eso propone inscribir la catástrofe en el futuro de un modo más radical: “hay que volverla ineluctable” (p. 164). Y hay que hacerlo para que no se cumpla.

¹ El “principio de precaución” forma parte del Tratado de Maastricht de 1992 y fue incorporado al ordenamiento jurídico francés por la Ley Barnier de 1995.

2. Situaciones estables y alienación

¿Cómo volver la catástrofe ineluctable? Dupuy sugiere inspirarse en el funcionamiento del mercado². Allí los agentes económicos interactúan (compran y venden) tomando los precios que con sus actuaciones contribuyen a fijar como si fueran datos fijos, independientes de la acción de los agentes. Dicho de otro modo, los agentes “no saben” que son ellos quienes construyen la realidad, en este caso la de los precios. En cambio, quien sabe que los precios son construidos por los agentes es un observador exterior, el analista. Por lo tanto, el saber del analista y el saber del agente son inversamente proporcionales.

Este escenario en el que los agentes construyen una realidad gracias a que creen que esa realidad ya está construida es una típica profecía que se cumple a sí misma. En ellas los agentes anticipan un futuro que no saben que contribuyen a producir. Sin embargo, el catastrofismo ya hemos mostrado que da lugar a una situación distinta. Forma parte de una profecía que se niega a sí misma. En este caso, el acontecimiento indeseable que se prevé, aunque sea posible, no se realizará. Es lo que pasa con la disuasión nuclear. La anticipación de la catástrofe no tiene como correlato que se produzca la catástrofe. Sucede justamente lo contrario: la enunciación de la profecía provoca que no se cumpla³.

Pues bien, del mismo modo que sucede en el mercado, lo que hace que el mecanismo “catastrofista” funcione tan bien es que los agentes sociales intervinientes “no saben”. En el mercado los actores no saben que producen los precios. En el catastrofismo los actores no saben que van a hacer que la catástrofe no se produzca. Pero, en los dos casos, además de que “no sepan” que son ellos los que producen la realidad, es necesario que crean en el carácter objetivo y exterior de la realidad. En concreto, es necesario que, en el mercado, los agentes crean que los precios tienen vida propia. En el caso del catastrofismo es necesario que se crea que la catástrofe, haga lo que se haga, aparecerá.

² En este punto la reflexión de Neyrat (2006), menos interesada por la lógica liberal, se separa de la propuesta de Dupuy.

³ Acerca de los juegos que trabajan en el ámbito de las relaciones internacionales las profecías que se niegan a sí mismas véase a Poundstone (1995: 292 y ss.).

Este es el escenario que plantea Dupuy para volver la catástrofe ineluctable. El problema es que los agentes que impiden que la catástrofe se produzca no saben lo que hacen. Quien sabe todo (que los agentes no saben, que sus creencias falsas son necesarias y que la realidad no es real sino inventada) es el analista u observador externo. Sólo él puede darse cuenta de que los precios son creados por los actores y que la catástrofe sólo está en las mentes de la gente.

Aunque este escenario permita conjurar la aparición de la catástrofe tiene el grave problema de que exige la alienación de los agentes colectivos. Por ello es necesario buscar un escenario distinto en el que no sea imprescindible alienar a los principales protagonistas de la acción colectiva

3. Desalienación e inestabilidad

Ese escenario distinto, tanto para el mercado como para las catástrofes, es aquél en el que los analistas no saben qué ocurre y, en cambio, los actores demuestran “saber” desenvolverse bastante bien. Es lo que ocurre en las situaciones metaestables, bien distintas a las estables que hemos tenido en cuenta hasta ahora.

Por ejemplo, en los momentos de pánico financiero, sin precios estables, los actores sobreviven imitándose mutuamente y los analistas no saben analizar ese desenfreno mimético. Por lo tanto, cuando el mercado se vuelve inestable, los agentes saben y los analistas u observadores no saben. Dicho de otro modo, la desalienación de los actores trae consigo un no saber en los analistas.

Según los especialistas, el mundo financiero funciona más cerca de este escenario inestable e impredecible que del viejo equilibrio smithiano. En este escenario el analista debiera ser más modesto, reconocer que no sabe y que su no saber es un buen indicador de la autonomía y desalienación de los agentes colectivos⁴. O sea que cuanto menos sepa el analista mejor le irá a lo social.

⁴ A una conclusión idéntica ha ido a parar Rosset (2004: 176-183). En su opinión el pánico tiene lugar cuando lo real (lo insignificante que precede y excede nuestras re-presentaciones) se le aparece súbitamente al espíritu sin darle tiempo para reflexionar, sin darle la posibilidad de rehacer las cosas.

En el caso de las catástrofes hay que proponer un escenario similar al del pánico financiero. Un escenario en el que los actores todavía pudieran actuar a pesar de no haber prognosis de catástrofes. Si en la situación estable que nos planteaba Dupuy los analistas sabían que la mejor manera de evitar las catástrofes era que se creyera que iban a ocurrir, en situaciones inestables de desaparición del miedo a las catástrofes los analistas comprobarían que el sistema seguiría funcionando con sensatez, sin provocar la catástrofe real, ... ¡a pesar de que ya no se cree en ella!. Los analistas comprobarían que se seguiría evitando la catástrofe pero sin saber exactamente por qué ni cómo.

Para encontrar ese escenario hay que ir más allá de la modernidad.

4. ¿El hombre es un lobo para el hombre?

Las situaciones estables que gravitan en torno al miedo a una catástrofe no son ni mucho menos excepcionales. En realidad, reproducen formal y sustancialmente la situación que dio lugar al nacimiento del Estado moderno.

En el plano formal, el contrato hobbesiano que da lugar al Estado Moderno sustituye relaciones interindividuales de carácter horizontal por relaciones verticales que convergen en un punto fijo exógeno, puesto a distancia de los individuos. Ese punto trascendente es el Estado. Y su existencia es muy similar a la de los precios y las catástrofes en las situaciones estables. En todos los casos es necesario que los agentes no sepan que dan vida a esas realidades que se creen exteriores. En cambio el analista sí que tiene conocimiento de ello.

Por lo que respecta al contenido, el argumento de Hobbes es conocido: el miedo y terror que inspira el otro es eliminado haciendo que sea el Estado quien los provoque. En esto consiste la paz hobbesiana, en que el terror sea reorientado. Espósito (2003: 43) ha señalado la paradoja que este contrato instaura: los individuos pasan a vivir de la renuncia a con-vivir, "la vida es conservada propiciando su sacrificio".

De todas formas, para nuestro propósito, más importante que la paradoja es la constatación de que, según Hobbes, como sucede en el mercado, antes del Estado hay una situación ines-

table, sin puntos fijos trascendidos. En esta situación prepolítica, el miedo circula libre y anárquicamente por lo social. Según las interpretaciones al uso, esta situación en la que el “hombre es un lobo para el hombre” es poco menos que insufrible. Sin embargo, Foucault (1992: 99-101) asegura que esta situación de pánico no debe ser interpretada en términos tan apocalípticos. Simplemente da lugar a un modo de regulación de la violencia y del miedo distintos.

En efecto, “la guerra primitiva, la guerra de todos contra todos, es una guerra determinada por la igualdad, nacida de la igualdad y que se desarrolla dentro de esa igualdad”. Ese estado original de rivalidad entre iguales da lugar a una paz social muy distinta a la que tutela el Estado. En concreto, Foucault entiende que se garantiza en base a tres series de elementos. Primero, “yo me represento la fuerza del otro, me represento el hecho de que el otro se representa mi fuerza y así sucesivamente”. Segundo, “se hace ver que se quiere la guerra, se hace ver la intención de no renunciar a ella”. Y tercero, “temo tanto hacer la guerra que estaré tranquilo sólo si tú llegas también a temerla por lo menos tanto como yo y en lo posible un poco más”. De modo que en el Estado de Guerra Primitiva de Hobbes no hay armas ni fuerzas salvajes sino un Teatro que se encarga de contener el peligro de la violencia dramatizándola, jugando a hacerse miedo⁵.

En definitiva, si en las situaciones estables, tuteladas por el Estado, el tipo de regulación es *alopoyético* (deriva de un punto fijo exógeno, el Estado), en las situaciones inestables, dominadas por las relaciones interindividuales, la regulación es *autopoyética* (emana de un punto fijo endógeno, la totalidad interindividual).

La posición del participante es en ambas situaciones diferente. En la primera no sabe que da vida a ese Estado que cree que es el único garante de la seguridad, mientras que en el teatro prepolítico tiene control sobre su vida y contribuye a crear un orden distinto, *autopoyético*. El analista, por su parte, tiene un saber o conocimiento de lo que sucede en ambas situaciones

⁵ En otro lugar he interpretado algunas de las violencias juveniles, que tanto temen nuestras ordenadísimas sociedades, a partir de la idea de juego (Bergua, 2002: 91 y ss.).

que es exactamente inverso al de los participantes. En la situación estable sabe que el Estado es una ficción y que su existencia depende de la fe y colaboración de los individuos. En cambio, en la situación inestable, aunque pueda percibir ese teatro de fuerzas que menciona Foucault, no sabe explicar como se genera el orden.

5. ...y el miedo os hará libres

El problema es que muchos analistas que se enfrentan a situaciones inestables no saben que no saben. Les pasa eso cuando utilizan explicaciones basadas en la existencia de puntos fijos exógenos. Como tales explicaciones sólo valen para las situaciones estables, la inestabilidad quedará sin explicar. En esos casos el analista no sabe que no sabe.

Esto es precisamente lo que ocurre con Beck (1991, 1993). En su opinión, ante las catástrofes, el vínculo interindividual que suele emerger se alimenta de distopías o utopías negativas. Esto quiere decir que no desaparecen los metarrelatos o ideologías. Simplemente cambian de signo. Pasan de recrear paraísos a evocar infiernos. Ese cambio, en realidad, no es tal, pues tanto los paraísos como los infiernos son puntos fijos exógenos que inspiran la vida colectiva. Y de lo que se trata es de explicar la inestabilidad sin esos apoyos externos.

Ésta fue precisamente la apuesta de Bataille (1993: 3-7). Su reconocimiento de que las situaciones inestables exigían explicaciones endógenas le llevaron a reconocer que en tales situaciones el saber experto no valía. Para él cualquier colectivo adquiere vocación rupturista, y por lo tanto dice “no” expresa o implícitamente al orden instituido, a partir de la experiencia afectiva de una conciencia desgarrada por la certidumbre o experiencia de la muerte, el sufrimiento, la privación, la imposición, etc. presentes. Pues bien, añade Bataille que en esa situación (inestable) “el porvenir no descansa sobre los minúsculos esfuerzos de algunos agrupadores dotados de un optimismo incorregible, pues depende de la desorientación general” (p. 6).

Obsérvese como esta explicación es endógena, mientras que la de Beck introducía puntos fijos exógenos (las distopías o utopías negativas). Por otro lado, al desautorizar a los líderes,

Bataille está cuestionando el punto de vista experto. En tercer lugar, reconociendo la importancia de la desorientación general está asumiendo que no sabe explicar lo que ocurre en la inestabilidad. En definitiva, a diferencia de lo que sucede con las explicaciones clásicas, como la de Beck, Bataille sabe que no sabe.

5. La comunidad inoperante

Es el momento de dar un paso más. Todas las reflexiones anteriores nos han encaminado a la inestabilidad y al protagonismo que tiene en ella lo interindividual. Podemos añadir ahora que lo interindividual, por su carácter prepolítico, tiene que ver con la noción de “comunidad”, muy presente, desde sus orígenes, en el pensamiento político y sociológico. Sin embargo, la comunidad, a pesar de ocupar un lugar central en la reflexión, resulta desconocida para el analista. Lo prueba el hecho de que las explicaciones clásicas y contemporáneas oscilan entre exagerados optimismos y exacerbados pesimismos. Los primeros para recrear las bases míticas adjudicadas al Pueblo que debe tutelar el Estado. Los segundos para sustituir ese pueblo, que nunca está a altura de lo que se espera de él, por parlamentos, partidos políticos, sindicatos, movimientos sociales, etc. En fin que la comunidad siempre ha sido pensada a partir de distintas clases de puntos fijos exógenos.

La comunidad de la que hablamos, es previa a cualquier categoría moral, política o científica. Por su carácter previo, además de anteceder, excede cualquier reflexión científica o praxis política que se ensaye. Siempre está de más. Por todo ello, podemos decir de lo popular, de la comunidad, que es del orden del “no ser”. Lo cual implica que, en relación a la comunidad, nada podemos saber (científicamente) y nada podemos hacer (políticamente). Sin embargo, quienes no somos positivistas estamos condenados a volver siempre a ese “no ser”, a esa heterogeneidad o multiplicidad, ya que es el *humus* del que brota cualquier fenómeno social.

Dice Espósito (2005: 14-16) que, etimológicamente, el término “comunidad” deriva del latín *munus*, que significa carga o deuda que debe intercambiarse entre individuos. *Munus*, a su vez, deriva de la raíz indoeuropea *mei-*, que significa “cambiar”,

“mover”, “ir”, y está relacionado con términos que aluden al intercambio de bienes y servicios (Roberts y Pastor, 1997: 103-104). Si lo propio de la comunidad es la circulación de cierto *munus*, y dicho *munus*, a su vez, implica cambio y movimiento, resulta que la comunidad tiene que ver con un intenso y excitado estado de contagio o propagación. Y esto porque lo importante no son las sujetos, bienes o signos que se puedan intercambiar sino el hecho de intercambiarlos, de moverlos y moverse con ellos. Nancy (2000: 107) ha hecho notar que esa propagación supera cualquier límite y que, en consecuencia, “interrumpe” cualquier comunidad instituida. Sin embargo, esa interrupción no crea nada nuevo. Más bien impulsa el regreso a su inmanencia, al puro movimiento y contagio. Lo propio de la comunidad es morir en esa inmanencia. De ahí su carácter “inoperante”

Hardt y Negri (2000) utilizan de un modo parecido la noción de “multitud”. Frente al Pueblo, ese producto ideológico moderno que encajó como un guante en el uniformizador Estado Nación moderno, la multitud es “una multiplicidad, un plano de singularidades, un juego abierto de relaciones que no es homogéneo ni idéntico a sí mismo”. Dicho de otro modo “mientras la multitud es una relación instituyente inconclusa, el Pueblo es una síntesis constituida que ya está preparada para la soberanía”.

Pero la originalidad de Hardt y Negri (y otros de los *autónomos* italianos, como Virno) no es tanto el haber propuesto la noción de multitud como el haber descubierto la posibilidad de una subversión política distinta a la moderna y capaz de hacer frente al Imperio. El ser-en-contra de la multitud se realiza hoy, no mediante el sabotaje, como sucediera antes, sino a través de la deserción (“la evacuación de los lugares de poder”), el éxodo y el nomadismo.

6. ¿Y los medios de comunicación?

Los teóricos impolíticos de la comunidad que hemos ido mencionando nos han dado los argumentos que nos faltaban. En las situaciones metaestables las relaciones interindividuales, a la vez que sustituyen el orden basado en un punto fijo exógeno, desalienan a los agentes individuales y colectivos pues saben lo que hacen y tienen control sobre ello. El problema para

el analista es que esa autonomía le resultará incomprensible. Al político, por su parte, le resultará indominable. No de otro modo debe entenderse el carácter inoperante que Nancy atribuye a la comunidad.

Hay una gran diferencia entre los teóricos impolíticos (como Nancy) y la política radical de Hardt y Negri. Mientras los primeros no cesan de quitar significados de toda clase (incluso políticos) a la gente, comunidad o multitud, los segundos (aunque con más respeto que los marxistas de otro tiempo) no cesan de introducirlos. Allá donde unos ven heterogeneidad y diseminación los otros perciben potencia revolucionaria. Y si para los primeros tanto el conocimiento como la acción política son imposibles (pues no es posible hablar de y tratar con lo que no es porque no está instituido), para los segundos siempre hay algo que se puede hacer. En nuestra opinión, según los argumentos que hemos ido desgranando de la mano de Dupuy, es más consistente la opinión del primer bando.

Más allá de los puntos fijos exógenos no se acaba el mundo. El nuevo que aparece allí no tiene centro ni vértice y está sostenido por una base comunitaria que los analistas no conocen ni pueden conocer y que los políticos no controlan ni pueden controlar. En ese mundo del que nada se sabe y con el que no se puede hacer nada no es necesario el miedo ni el discurso catastrofista. La convivencia no necesita ser estimulada de esa manera.

El papel que los medios de comunicación juegan en ambos mundos es, en teoría, diferente.

En las situaciones estables acelerarán la transmisión vertical de información permitiendo que se afiancen los puntos fijos exógenos. A la vez, como mostrarán muy poco las relaciones horizontales, contribuirán de esta manera a debilitarlas. Por su parte, los científicos sabrán explicar perfectamente el funcionamiento de este tipo de orden y los gobernantes podrán controlarlo. El catastrofismo, además de hacer referencia a fenómenos inciertos de carácter aterrador, tiene también esas características formales.

En cambio, en las situaciones metaestables los medios contribuirán a dinamizar la comunicación horizontal. Lo harán mostrando su exhuberancia y propagando su magnetismo. Por otro lado, la comunicación vertical no será considerada verosímil.

Las explicaciones y órdenes provenientes de los científicos y gobernantes tampoco resultarán creíbles ni aceptables.

Aunque se pueden separar teóricamente los dos mundos, el estable y el inestable, también es posible suponer que se den juntos. En este otro escenario los políticos, los científicos y los medios deberían elegir el flanco que merece la pena apuntalar.

Si lo que quieren es que la estabilidad sea mayor, los científicos deberán conocer, los políticos gobernar y los medios informar de tales conocimientos y decisiones. Si, en cambio, prefieren que aumente la inestabilidad, los científicos deberán no conocer (o conocer menos), los políticos no gobernar (o gobernar menos) y los medios dar cuenta de los saberes y acciones interindividuales.

Es difícil que la ciencia y la política renuncien a su papel. También que los medios dejen de rendirles pleitesía. Por eso, el protagonismo de la inestabilidad debería recaer en la imprevisible e ingobernable multitud. También en su capacidad para crear y usar los medios de comunicación que más les interesa. Por ejemplo, internet y los móviles. Recuérdese que después de los atentados en Madrid del 11 de Marzo del 2004, fueron importantísimos para conjurar la mentira y el apagón informativo urdidos por el Gobierno de Aznar. El vuelco electoral que tuvo lugar después de aquello no se lo esperaba nadie. Tal es magia de la multitud.

Para apreciarla mejor veamos por separado los compromisos de los grandes medios con el orden heterónimo instituido y la relación de pequeños grupos con la potencia autónoma instituyente. Si los primeros han acabado con la diversidad informativa el mundo "real", los segundos no cesan de incrementarla en el virtual.

7. La heteronomía de los mass media

La importancia de los grandes medios de comunicación de masas para garantizar los órdenes *alopoyéticos* es de sobras conocida. Por un lado, los grandes conglomerados multimedia disminuyen la pluralidad informativa y tienen poderosos intereses políticos y económicos. Entre estos grupos destaca Prisa en España, Murdoch en Inglaterra, Berlusconi en Italia, el grupo

Televisa en México, la cadena O Globo en Brasil, etc. En España, el grupo más importante es PRISA, muy bien relacionado con el PSOE, dueña de la cadena de televisión *Cuatro*, la *SER*, los periódicos *El País*, *As* y *Cinco Días*, las revistas *Cine-manía*, *Rolling Stone*, *Gentleman* y *Revista 40*, la empresa de impresión *Dédalo*, el negocio de producción y explotación de contenidos en internet a través de *Prisacom*, las editoriales *Santillana*, *Taurus* y *Aguilar*, la empresa de sondeos *Demoscopia*, las 70 estaciones de televisiones locales agrupadas en *Localia*, una importante participación en *Sogecable* (la propietaria de *Cuatro* y *Digital +*), además de radios en Chile, Costa Rica, Estados Unidos, Francia, Panamá, Colombia, México, etc. Los beneficios de PRISA aumentaron en el 2004 respecto al año anterior la friolera de un 70,4%. Otros grupos multimedia son Planeta (propietaria de Antena 3, Onda Cero y *La Razón*), Vocento (propietaria de Tele 5, Punto Radio, *Abc*, y Canal Net TV), Unedisa (*El Mundo*), Recoletos (*Marca* y *Expansión*), Godó (editora de *La Vanguardia*) y Zeta (propietaria de *Cambio 16* y *El Periódico*)

Como la comunicación es un negocio más, no es extraño que grandes propietarios de otros negocios desembarquen en éste y se hagan con todo o parte el lote de acciones del grupo multimedia. El resultado de estos procesos es que se han creado conglomerados económicos en los que el negocio mediático es una parte más de un vasto conjunto financiero. Así, el BBV posee bastantes acciones del Grupo Correo, hasta hace el poco accionista más importante de Telecinco. En Estados Unidos si nos fijamos en las productoras cinematográficas, esa misma lógica hace que la Warner Bros esté participada por la Kinney Services Corporation (con un negocio de pompas fúnebres entre otras muchas más actividades), que la Paramount haya caído en las manos de Guff & Western (dedicada a la petroquímica y la industria aeroespacial), que United Artists pertenezca a Transamerica Corporation (metida en la banca y en líneas aéreas), que la Columbia sea propiedad de Coca Cola, etc.

El problema de la monopolización de la emisión y distribución de productos mediáticos (información, entretenimiento, etc.) se nota sobre todo a nivel mundial⁶. En los años 70, siendo Secre-

⁶ Véase Mc Bride (1980) y Murciano (1985;1992).

tario General de la UNESCO el nigeriano M'Bow, una comisión presidida por el irlandés Sean McBride elaboró un informe sobre el estado mundial de la comunicación que causó un gran revuelo. Los datos eran contundentes: el 80% de los teléfonos de todo el mundo estaban en 10 países del primer mundo; las agencias de información más importantes estaban situadas en los países del primer mundo y distribuían al resto lo noticiable según su punto de vista e intereses. La facturación de publicidad estaba controlada por cuatro compañías (tres de EEUU y una de Japón) que transmitían, a través de *spots* y anuncios pautas y estilos de vida de ciertos países. Norteamérica y Europa estaban mejor informados pues poseían el 78% de los receptores de radio del mundo y el 82% de las TV. Los países desarrollados usaban el 90% del espacio radioléctrico y orbital (para los satélites). También se denunciaba que los países desarrollados se reservaban la información de carácter científico y tecnológico no haciendo partícipe de ella a los países menos desarrollados. Y, por último, se lamentaba la constante fuga de cerebros de los países menos desarrollados.

Hoy la situación parece que ha empeorado. Algunos informes desvelan que el 80% de la información que se consume mundialmente sale de cuatro agencias (dos de Nueva York, una de París y otra de Londres). También se dice que apenas unas pocas decenas de empresas (las 10 primeras están en Estados Unidos) controlan el 81% del entretenimiento audiovisual que consume todo el mundo.

La comisión dirigida por Sean McBride concluyó su informe proponiendo la defensa de unos cuantos derechos fundamentales. Primero, el derecho a ser informado según las especificidades de los sujetos y de los países. Segundo, el derecho a transmitir a quien quiera facilitando los medios para hacerlo. Tercero, el derecho a discutir, facilitando para ello la bidireccionalidad (que no sean los países más ricos los que hablen siempre). Y cuarto, el derecho a la intimidad frente a los bancos de datos. Esta carta de derechos y el informe que le precedía fueron visto con muy malos ojos por Estados Unidos. Sin embargo, este país no pudo hacer mucho pues la UNESCO no admite el mecanismo del veto y las decisiones se toman por mayoría. Por eso, EEUU abandonó la UNESCO y dejó de financiarla. Sólo volvió cuando M'Bow fue obligado a abandonar el cargo y ocupó su

puesto el español Mayor Zaragoza. Desde entonces no ha habido más informes de esa clase encargados por la UNESCO.

Los grandes grupos mediáticos que dominan el mundo producen entretenimientos que divulgan estereotipos, estilos de vida, hábitos, etc. de los grupos dominantes y que estigmatizan o simplemente dejan en la invisibilidad a los dominados. En relación a la información la dominación se reproduce manipulándola, falseándola u ocultándola. Dice Chomsky (1988) que si en los países donde no hay libertad de expresión el orden y la voluntad de los gobernantes se impone por coacción, con violencia física, dentro de los países con libertad de información hay que lograr que la gente obedezca de otro modo. En este caso hay que crear “una ingeniería del consenso democrático” para que todos opinen como se debe opinar. No puede permitirse un exceso de democracia que haga peligrar los objetivos de los gobernantes. Para ello son los Estados los que filtran lo noticiable. Pero también intervienen decisivamente los periódicos, radios, TV con sus periodistas para crear opinión. Todos ellos son importantes a la hora de ocultar, falsear y manipular la información.

8. Comunidades virtuales

Aunque los grandes medios de información y entretenimiento masivos forman parte de órdenes heterónomos, también hay pequeños e independientes grupos multimedia que distribuyen la información que no pasa por las grandes agencias. En la España de los 80 aparecieron las autodenominadas radios libres que recogían información en un contestador automático y luego la divulgaban y discutían en programas radiofónicos. Una ley de la época del Gobierno del PSOE las prohibió y el invento se frustró. Sin embargo, hoy Internet ha permitido que aquellas experiencias resuciten a nivel mundial. Ahí están portales como los de nodo 50 o Indymedia. Teniendo en cuenta que el año 2003 había en España 7,8 millones de internautas y de que el número crece a razón de un 22% seguro que esa información se distribuye mejor y llega más lejos que en la época de las radios libres.

Pero Internet no sólo está permitiendo acceder a la información que los grandes medios y agencias invisibilizan. También está favoreciendo que el entretenimiento producido y distribuido por las multinacionales sea gratuitamente accesible a todo el mundo. En efecto el intercambio (*peer to peer*) de música y películas es ya muy habitual en Internet y las grandes firmas no parecen ser capaces de controlarlo. Pero es que con el *software* pasa algo parecido. Ahí está la experiencia de Linux, con un código fuente absolutamente transparente y accesible con el que cualquiera puede trabajar para ofrecer gratuitamente los resultados de sus mejoras a la comunidad de internautas. También el acceso a Internet a través de distintos operadores que cobran sus cuotas puede tener los días contados con las distintas tecnologías que van apareciendo y los pirateos de que son objeto. Y como sabe todo el mundo, la misma televisión de pago es vista sin pagar un duro: el año 2001 un 20% de abonados europeos a canales de TV de pago pirateaban la señal. Hay bastantes sitios en internet que asesoran sobre cómo verla gratis y dan los códigos necesarios cada vez que los operadores los cambian (Contreras, 2005).

Aunque ha habido intentos de controlar política y económicamente la Red (ahí está Microsoft de Bill Gates, o AOL Time Warner, la gran multinacional que ha querido hacerse con Internet y compró Napster, la firma que se inventó el intercambio de música en la Red) todo parece indicar que no lo conseguirán pues a cada paso que se da en la dirección del control suceden cientos que vuelven a liberar espacios de información, comunicación e intercambio. En la era de Internet la lógica del capitalismo no funciona. Todo parece indicar que si la propiedad privada fue fundamental para la sociedad industrial, en la sociedad de la información resulta muy difícil de mantener.

El viejo sueño de los revolucionarios del siglo XIX parece hacerse realidad en la Red. La economía del futuro probablemente se basará más en las relaciones que en la propiedad.

9. Exoducción

En la Red no sirve el modo catastrofista de administrar el orden. Esta estrategia ha sido practicada desde tiempo inme-

morial en la historia de las sociedades y se ha convertido en piedra angular del decadente orden tardomoderno. El terrorismo, la inseguridad ciudadana, etc. son todos ellos peligros gestionados de un modo catastrofista. Para que este tipo de orden funcione es necesario que haya una distancia jerárquica entre el orden y los actores colectivos. Esa jerarquía es la responsable de la alienación de los actores. En concreto es responsable de que éstos no sepan que producen una realidad que creen independiente. Tanto a nivel económico como político los grandes medios de comunicación están comprometidos con esa clase de orden. Afortunadamente, en la Red esta clase de mundo no funciona tan bien. Allí nos encontramos el espacio adecuado para que los actores se reconozcan en el sistema que contribuyen a construir. Ese espacio es construido horizontal y anárquicamente, sin instancias fijas exógenas. Frente a la fe en tales instancias que induce el orden real, en la Red nos encontramos con un enjambre de confianzas múltiples que imposibilita la superioridad jerárquica. Si para los órdenes reales la administración del miedo es fundamental, en el caso de las anarquías virtuales no tiene ningún sentido.

Bibliografía

- BATAILLE, G. (1993). *El Estado y el problema del fascismo*. Valencia: Pre-textos.
- BECK, U. (1991). "La irresponsabilidad organizada", en *Debats*, 35/46, pp. 30-37.
- (1993): "De la sociedad industrial a la sociedad del riesgo. Cuestiones de supervivencia, estructura social e ilustración ecológica", en *Revista de Occidente*, 150., pp 19-40.
- BERGUA, J. A. (2002). *La gente contra la sociedad. Impacto sociocultural de un divertimento juvenil*. Zaragoza: Mira.
- CHOMSKY, N. (1988). *Ilusiones necesarias*. Madrid: Libertarias/Prodhufo.
- CONTRERAS, P. (2005). *Me llamo Kohfman. Identidad hacker: una aproximación antropológica*. Barcelona: Gedisa.
- DUPUY, J.-P. (2002). *Pour un catastrophisme éclairé. Quand l'impossible est certain*. Paris: Seuil.

- ESPOSITO, R. (2003). *Comunitas. Origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2005): *Inmunitas. Protección y negación de la vida* Buenos Aires: Amorrortu.
- FOUCAULT, M. (1992). *Genealogía del racismo*, Madrid: Ediciones La Piqueta.
- GIL CALVO, E. (2003). *El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación*. Madrid: Alianza
- HARDT, M. y NEGRI, T. (2000). *Empire*. Cambridge: Harvard University Press.
- MC BRIDE, S. (1980). *Un solo mundo, voces distantes. Comunicación e información en nuestro tiempo*. México: FCE.
- MURCIANO, M. (1985). "El debate sobre la circulación internacional de comunicación", Moragas, M. De (ed.), *Sociología de la comunicación de masas* (vol. IV), Barcelona: Gustavo Gili, pp. 100-124
- (1992): *Estructura y dinámica de la comunicación internacional*. Barcelona: Bosch.
- NANCY, J-L (2000). *La comunidad inoperante*. Santiago de Chile: Universidad Arcis
- NEYRAT, F. (2006). "Biopolitique des catastrophes", *Multitudes*, nº 24, pp. 107-117.
- POUNDSTONE, W. (1995). *El dilema del prisionero*. Madrid: Alianza.
- ROBERTS, E. A. y PASTOR, B. (1997). *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua castellana*. Madrid: Alianza.
- ROSSET, C. (2004). *Lo real. Tratado de la idiotez*. Valencia: Pre-Textos.